CASTELLÓ (1922 - 1947)
Concha niña, adolescente y casada

El Castellón republicano que recibe a Concha Alós en 1922, siendo alcalde Carlos Selma, tenía una población aproximada de 30.000 vecinos, y vivió enseguida el cambio político que llegó con el golpe de estado de Primo de Rivera, que triunfó sin resistencia en 1923, cuyo gobierno se alargó hasta enero de 1930 y cambió la ciudad impregnándola de una euforia religiosa que culmina con la coronación de la Verge del Lledó, al mismo tiempo que el linaje borbónico manifestaba toda su plenitud seductora en la figura de Alfonso XIII y sus amoríos.

Los republicanos fueron apartados de las instituciones locales, aunque se mantuvieron activos sus centros de reunión. La Puerta del Sol se convirtió en eje social de la ciudad en ese periodo en el que nacieron instituciones culturales como la *Sociedad Castellonense de Cultura*, La *Sociedad*

VINCLE EDITORIAL

Filarmónica, *El Ateneo* y la *Banda Municipal*. La Segunda República (1931-1936) fue un periodo de modernización social, cultural, política y urbana, en el que se creó la Guardia de Asalto y se firmaron *Les normes de Castelló* (1932), se construyó el templete de música del Paseo Ribalta y se abrieron varios cines como el *Capitol*, el *Royal* o el *Doré*.

El estallido de la Guerra Civil lo cambió todo, como sabemos, y como nos contó Concha Alós, según su propia experiencia, en *El caballo rojo* (1966) con los bombardeos y los refugios, y el exilio, y posteriormente, la larga postguerra, con su hambre, estraperlo, represión, depuraciones, fusilamientos y cárceles en *La madama* (1969) novela escrita a partir de un diario del preso y fotógrafo Pau Barceló.

25 años vivió Concha Alós en Castellón. Creo que su vida aquí y las novelas que escribió representando la vida cotidiana de esta ciudad de provincias, serviría para ilustrar perfectamente el libro *Usos amorosos de la posguerra española* que Carmen Martín Gaite, otra escritora de la generación «del medio siglo», publicó en 1986.

En este libro se explican las dificultades de entablar relaciones amorosas en la sociedad de los años cuarenta y cincuenta, y las costumbres y rituales que se realizaban para que los escasos contactos entre personas de distinto sexo se pudiesen establecer. Ejemplo de ello son los guateques o las puestas de largo, exclusivamente dentro de la burguesía, claro está, o la influencia de modas extranjeras en la juventud, como las que llegaron a través del cine norteamericano que exportaba unos modelos de comportamientos mucho más espontáneos y que adoptaron, con muchos límites, por ejemplo las «chicas topolino» a quienes Martín Gaite dedica un

VINCLE EDITORIAL

capítulo, así como a los lugares oscuros o apartados, como los cines y los parques servían para desahogar escasamente las pulsiones eróticas de los novios, tan controladas por la sociedad, empezando por los padres, que no autorizaban fácilmente el noviazgo de las hijas que no se podían casar hasta que no se hubiese realizado la «pedida de mano» oficial. También las dificultades de los noviazgos largos, en los que los hombres requerían visitas a apartados antros de prostitución para soportar esa larga espera de contención, a la vez que era el lugar común donde aprendían los jóvenes de la postguerra a ejecutar sus primeros desempeños sexuales. Esa sociedad de postguerra queda perfectamente dibujada en novelas como *El caballo rojo, La madama o Los cien pájaros.*

De esta etapa de la vida de Concha y sus vicisitudes ya había contado muchos detalles en mi libro *Las guerras de Concha Alós. Castellón, historia y relato*, por eso no hace falta volver a hacerlo en esta ocasión, en la que añado informaciones que he ido descubriendo después de aquella publicación de 2015.

Cuando por fin pude conseguir consultar la partida de nacimiento de Concha Alós, además de que había cierta información sensible en ella relativa a su fecha de adopción y posteriormente de su tutela por la Sociedad de Alzheimer de Cataluña, pude aclarar, de una vez por todas, el enigma de la auténtica fecha de su nacimiento. En las publicaciones que habían caído en mis manos, tanto en la bibliografía, como en las redes sociales, no había acuerdo en cuanto a ese dato, y el rango abarcaba un amplio abanico de fechas desde 1922 hasta 1929. Igual se afirmaba que Concha tenía 9 años, ó 10, cuando empezó la Guerra Civil, como ella misma respondía

VINCLE EDITORIAL

en una entrevista, que tenía 13 en ese momento y que había nacido en 1922. Así que en un solo documento, pude conocer, además de su verdadera edad, la información necesaria para entender el motivo que obsesivamente recorría sus novelas, su desconocido padre, y su contrariedad al descubrir los documentos de su adopción cuando luego escribe en una novela suya: «papá vino a buscarme vestido de Capitán» y «papeles cantan ya... ¿de adopción?, ¿de boda?» en su novela *Os habla Electra*.

Esta pregunta me llevaba a plantearme si la boda de Francisco Alós con la madre de Concha Alós se realizó en el mismo acto o documento de testamento que había tenido lugar en una notaría de Castellón en 1932, pero nos ha sido posible encontrar el acta matrimonial de este enlace de 1926 en la Parroquia de la Trinidad de Castellón aunque no el documento notarial, que parece que no se conservó a causa de algún incendio.

La procedencia humilde de su familia se desprende de algunos documentos, como el barrio del domicilio de los abuelos maternos, todavía hoy en día zona de menudeo de drogas y redadas policiales en Valencia. Su abuelo materno era pastor de ovejas, el estado civil de su madre, soltera, y por testimonio de alguna de las amigas de infancia de Concha en Castellón, sabemos que se dedicaba a ejercer la prostitución. El trauma que Concha sufría por todo ello quedó también reproducido en escenas de sus novelas en las que describe cómo, paseando por la plaza Mayor de Castellón, ella muy pequeña, yendo de la mano de su madre, se daba cuenta de cómo algunos hombres la requebraban entre susurros y notaba que algunas mujeres cuchicheaban a su paso, o cómo

VINCLE EDITORIAL

recibía un «coscorrón» de su madre por mirar hacia el interior de alguna casa del «barrio chino» donde se veía alguna chica con kimono, fumando.... Otra escena que reproduce en alguna novela es cómo la madre de una amiguita no la deja ir con Concha a causa del «pasado oscuro» de su madre.

En diversas entrevistas contó Concha Alós el tipo de educación estricta y represora que había recibido, sobre todo por parte de su madre. Aquella mujer conocía muy bien de qué riesgos quería librar a su hija. Por lo visto era novelera y cantadora, e iba maquillada de una manera que no agradaba a la menor. El retrato que Concha hace de su madre en la realidad y la ficción se podría calificar de todo menos de amable. Ni de ella, ni del pueblo del que procedía. Un señor de Utiel llega a escribir una carta al periódico, indignado y ofendido por los apelativos despectivos que utilizó la autora para describir esta población, Casas de Pradas, en Utiel.

Me dejé llevar de la mano por Concha Alós y traté de hacer el recorrido por todas, o la mayoría de calles de Castellón que nombra en varias de sus novelas, sobre todo en *El caballo Rojo, La Madama* y *Los cien pájaros.* He visitado casi todas las casas, o lo que queda de ellas, en las que habitó Concha.

Al principio de llegar a Castellón, vivía en la masía de unos familiares en la Carretera de Alcora. Antes de la Guerra Civil, según un documento de 1934, vivieron en una casa sita en el número 6 de la calle Gumbau, que era la panadería de sus abuelos paternos, y en la documentación del expediente de su Bachillerato en el Instituto Ribalta, figura el domicilio de la calle Enmedio, 166, cerca de la «tenda del portalet», lindando con el principio de la calle San Félix, que separa la «vila» del «raval» donde solían residir las familias

VINCLE EDITORIAL

de labradores y desde su boda hasta su traslado a Mallorca, en el extremo opuesto de la misma calle, cerca de la Puerta del Sol, en una vivienda situada encima del local donde el italiano Nini Zandomenego instaló su negocio, «Capri», la primera heladería italiana de Castellón.

De la etapa de Concha niña en Castellón, me enternece el sufrimiento que le provocaba la mediocridad que ella percibe entre alguna gente de «Castelló, carabasses al balcó». Al mismo tiempo, me alegro tantísimo de que Francisco Alós, a instancias de una maestra que propuso a sus padres, porque la niña valía, accediera a que pudiese estudiar, y a que Concha fuera matriculada en la Escuela Anexa del Instituto que hoy conocemos como Francisco Ribalta, que pasó a llamarse «Juan Marco» el 2 de mayo de 1937, en esa época convulsa en la que pocas niñas estudiaban, pues fácilmente las enviaban al almacén de naranjas o a alguna fábrica de alpargatas como la de Albert o tienda de tejidos como Casa Mas «La Saldadora», o a cuidar «mocosos», antes que a estudiar, ya que el patriarcado imperante consideraba que la salida social natural para una mujer era un buen matrimonio. La madre de Concha tenía como aspiración para ella que aprendiera a coser y que consiguiera un buen casamiento. No le permitía salir a jugar con amigas. Pero Concha se buscó el novio en 1942 cuando su madre ya hacía tres años que había fallecido, y lo hizo para huir de una situación familiar que la atosigaba.

El bachillerato de Concha fue alterado por la irrupción de los sucesos de la Guerra Civil, el curso tuvo que interrumpirse en 1936 y ese año se iniciaron las clases mucho más tarde de lo habitual. Se construyeron refugios, tanto públicos, como privados. Uno de ellos está *precisamente*,

VINCLE EDITORIAL

dentro del Instituto Ribalta. En su novela *El caballo rojo,* ya viviendo en Barcelona, en 1966, Concha Alós recupera sus vivencias en el instituto, en los refugios y la vida miserable y horrorosa, de los tiempos del «piojo verde» como ella los llamaba. Habló de los profesores depurados por el Régimen al acabar la guerra sin olvidar las cosas que había aprendido de ellos, como fue el caso de Sanz de Bremond.

Fue emocionante para mí, poder consultar el expediente de Bachillerato de la alumna Concepción Alós Domingo, gracias a Francisco Mezquita, y tener en mis manos el dictado y las divisiones escritos por la mano infantil de aquella niña aplicada, tímida y traumatizada, además de los listados con los nombres de sus compañeras, y compañeros, de clase y sus calificaciones. Un hallazgo interesante en su expediente de bachillerato es el documento de aval político, que su padre, Francisco Alós, tuvo que presentar, junto a la solicitud de matrícula, cuando la guerra interrumpió el normal inicio del curso. Para poder volver a matricular a su hija y que fuese admitida en el instituto en tiempos de la guerra, Francisco Alós tuvo que presentar un aval político firmado por el jefe de su gremio de camareros, para dar testimonio de que era una persona de orden, «afecto al régimen», para evitar la matrícula de hijos de los «rebeldes», para lo cual se creó un comité de selección de alumnos. Terrible.

En 1937 la familia Alós Domingo decidió exiliarse a la ciudad murciana de Lorca, donde pasarían un año hasta finalizar la guerra. Parece ser que lo que motivó esta salida fue que se comentaba que «los moros violaban a las niñas». En marzo de 2023 recibí un correo electrónico de Manuel Muñoz, vecino de Lorca, con prolijas explicaciones sobre las

VINCLE EDITORIAL

referencias a la localidad, entre muchos otros detalles interesantes, que no incluyo por no poner una cita excesivamente larga, y me dice que:

> «No oculta la escritora el desagrado que producía en los castellonenses aquel exilio interior impuesto por la guerra y la desfavorable impresión que les causó entonces Lorca [...] Por alguna de las referencias parece que estuvieron viviendo en uno de los barrios que iniciaban la subida hacia las faldas del castillo. Pudo ser una casa comprendida entre las calles fronteras al convento de San Francisco y las que desembocan en las contiguas calles de Alfonso X el Sabio y la calle Selgas, que finalmente va a dar a la plaza mayor o del Ayuntamiento. La escueta referencia la plaza de abastos, que se encontraba en el centro de la ciudad, y la visita a la casa de la familia de la escritora de la dueña de una tienda de tejidos acompañada de la hija solterona de un fotógrafo, me hacen pensar así. La que se llama «Tejidos Pedrín» en la novela puede ser la tienda de La China, situada en la calle Selgas, y la hija del fotógrafo «Torreglosa» puede ser la hija del fotógrafo Menchón, que tenía un estudio también en la calle Selgas. La plaza de abastos se encontraba muy próxima. No tiene reparos la escritora en citar calle Corredera, que aún existe con ese nombre, y sin embargo cambia el nombre del café La Cámara por el de El Caballo Rojo, mucho más literario sin duda y en alusión al color del jinete apocalíptico de la guerra. No hay problema en identificar ese establecimiento porque la descripción que hace coincide bastante bien. Se llamaba La Cámara Agrícola de Lorca. El bar estaba en los bajos y hoy, después de la restauración del edificio, ha desaparecido. »

Entre las personas que entrevisté, compañeros de instituto de Conchita, estaba Eduardo Llorens, cuyo padre había sido conocido de Francisco Alós, quien me mostró foto-

VINCLE EDITORIAL

grafías de la época, una de ellas, de cuando estudiaba en el Ribalta, en la que por alguna razón no había salido Concha, pero sí la hermana de Eduardo de su misma edad, que resultó muerta por una bomba, según me contó. A estos compañeros de instituto fallecidos es a quienes dedica ella su novela *El caballo rojo*, cuyo texto, grabado en piedra, acompaña el sepulcro de Concha Alós: «Al volver a Castellón, me encontré con que muchos de mis compañeros de instituto o de juego habían muerto. En ellos, en todos los que la guerra destruyó en plena adolescencia, he pensado al escribir este libro.»

Cuando en 2023 organicé una exposición de homenaje a Concha Alós, con motivo del traslado de sus restos mortales a Castellón y coincidiendo casi con el centenario de su nacimiento, una sorpresa agradable ocurrió al recibir la visita de dos personas que me trajeron nueva información sobre la escritora. Una de ellas, Isabel Gimeno Beser, me regalaba una foto preciosa de Concha, que había sido amiga y vecina de su madre en la calle Gumbau, donde estaba el horno de los abuelos paternos de Concha. La niña de la foto lleva dos trenzas gruesas y flequillo, peinado típico de una niña adolescente de la época. Por los datos del fotógrafo «Colom» que figuraban en el reverso de la foto, y el nombre de la calle «González Chermá» que solamente tuvo la calle En medio durante los últimos años de la guerra, pude saber que seguramente la imagen correspondía al momento de despedirse de sus «amiguitas» quien escribió en ella: «Para mis queridísimas amiguitas para que no me olviden» y firma «Conchita», justo antes de salir hacia el exilio murciano. Me resultó verdaderamente emocionante este regalo.

VINCLE EDITORIAL